

Domingo Melfi D.

## Proceso de las generaciones jóvenes de Chile (1)

### I

#### Escepticismo y descontento

**H**a coincidido el escepticismo de que se acusa a la juventud, su desorientación y su desencanto, con la transformación violenta o pacífica de los regímenes políticos universales. No puede libertarse aunque se intente, de la noción puramente política de la vida pública, el concepto de la juventud para apreciar los problemas que son comunes, tanto al hombre encanecido en las luchas como al joven, que se decide a tomar su puesto de observación en el panorama general del país.

Es probable que en años anteriores a 1918, la política no lograra hacer volver la cabeza al hombre cuya edad oscilaba entre los veinte y los treinta años. Por entonces había menos motivos para desconfiar, menos

---

(1) Conferencia leída en la Universidad de Concepción.

elementos de juicio, menor el número de los que se interesaban por las llamadas contiendas electorales y no se habían producido ninguno de los fenómenos sociales que más tarde sacudieron la conciencia del mundo. La opinión pública era más pasiva o más indiferente, a pesar de que la prensa gozaba de una libertad ilimitada. No existía como hoy, salvo en mentalidades aisladas, el examen arbitrario e implacable de la crítica y los hombres públicos, los escritores, los hombres de pensamiento y de ciencia que forman entre los grupos selectos de una sociedad aun no habían sido sometidos al reactivo violento del análisis exasperado. La vida tenía un ritmo más lento, puesto que las angustias económicas eran menos apretadas. La riqueza envolvía con su beneficio a la sociedad casi entera, aunque de esa riqueza nunca se hiciera un beneficio general. Todos gozaban de un bienestar que se parecía mucho a la atmósfera de enervamiento que se produce después de los grandes placeres físicos.

Aisladamente se producían algunos conflictos obreros, pero ellos no lograban conmover la medula de la sociedad. Los escándalos financieros eran rápidamente silenciados. Los abusos políticos morían entre las recámaras del parlamento y aun los desbordes naturales de algunos elementos de la plutocracia o de la oligarquía gobernante, no lograban agitar sino algunas capas de la sociedad. El resto vivía en el célebre «dejar hacer», en el inconmensurable «dejar pasar», que parecían ser los símbolos de la comunidad. Había un ambiente de

silencio, un poco patriarcal; una soñolienta monotonía, que tenía algo de la siesta, algo del reposo que sucede a los trabajos duros y sacrificados del campo. El enojo y la protesta no eran como hoy, productos de largas e impresionantes penurias económicas o de profundas injusticias de carácter social, sino expresiones agriadas de la lucha electoral que buscaba siempre la postura del mando o de la supremacía, a costa de los grupos adversarios. Políticamente el país tenía un parlamento en el cual se condensaba toda la violencia de esa crítica. Allí se oían voces de condenación contra los procedimientos de los partidos, contra la maniobra de algunos hombres duchos en el arte de manejar las banderías, contra los ministros que se sobrepasaban en sus atribuciones o que se habían hecho ya pesados en el ejercicio de sus funciones. Pero la grito se producía por los cambios de hombres, por el apetito de otros que pugaban desde la sombra por alcanzar el sitio que los otros ocupaban. El organismo parlamentario seguía su ruta entre los tumbos de una mar airada que empezaba a ensombrecerse con los primeros signos de la tempestad próxima. Sólo que nadie sospechaba que la crisis se acercaba a pasos agigantados y nadie hubiera imaginado, salvo algunos espíritus avizores que no eran escuchados o que eran tenidos por pesimistas o locos, que el país se acercaba a formidables sacudidas.

Si se examinan hoy las memorias políticas de algunos de los hombres que actuaron en ese período de comienzos del siglo, se advierte en todas ellas, el mismo

signo de descontento ante la acción superficial de la política y el mismo minucioso empeño de mostrar las intrigas y las maniobras de los conductores de grupos. Son páginas desconsoladoras, llenas de menudencias, de acusaciones a hombres que entonces parecían ser los ejes de la situación y que en los libros aparecen desmedrados, en promiscuidad con intereses de poca importancia, entregados casi por entero a la tarea esterilizadora de subir y bajar hombres por las escaleras de los ministerios. No hay otra preocupación, no hay otro destino que el de burlar o no dejarse burlar. «La política, dice uno de esos memorialistas, (1) es cada día más sucia y enredada. Todos los partidos son iguales. El país está profundamente corrompido. La gente se ríe cuando se habla de patriotismo, de desinterés, de amor a la tierra. No se piensa sino en ganar dinero sin trabajar, en especular con los cargos legislativos con prescindencia de la honradez y del país».

El memorialista escribía esto en marzo de 1915.

Nadie fiscalizaba fuera del sector parlamentario. Se había convenido en que todo aquello era inviolable y como obedeciendo a la pasividad o al respeto, la opinión pública se había retirado gruñendo, de toda manifestación clara de existencia, la danza continuaba en medio del olvido de las provincias que eran, como siempre, las únicas que trabajaban e incorporaban al patrimonio central la riqueza ingente de sus tierras. Norte

---

(1) Abraham Konig, *Memorias*.

y Sur eran extensiones pacíficas. Habían dejado de ser regiones turbulentas y revolucionarias. El centro vibraba en la ebullición del parlamento y de un ejecutivo que hacía equilibrios entre los grupos hostiles para dar una sensación de continuidad al Gobierno. Parecía que el país se administraba con mayordomos que cumplían rutinariamente sus labores y cada cierto tiempo, luego de entregar el fruto de las cosechas, eran cambiados por otros. Los problemas más hondos que planteaba la realidad de esta tierra de la que se reían cuando la nombraban, según la expresión del político que acabamos de citar, eran sistemáticamente eludidos. Para lo único que en verdad había un consenso general era para los debates doctrinarios o religiosos o para la provisión de empleos públicos. Estas drogas habían anestesiado la opinión y no le dejaban ver los otros fenómenos que ya empezaban a mostrarse en el inmenso organismo administrativo. Para dar una muestra de la preocupación ambiente un hombre desengañado de aquellos días había aconsejado colocar en la puerta del palacio de Gobierno, un cartel con esta inscripción: «Se ofrecen empleos». Porque el ejecutivo de acuerdo con las Cámaras había comenzado ya esa tarea de abultar la burocracia, esterilizando con ella, la vital fuerza del hombre que debe por sí mismo ganarse la vida o vencer sobre las contingencias más ásperas. El país vivía con la sugestión potente de la riqueza mineral del norte, de donde entraba al centro una corriente poderosa y al parecer inagotable de dinero. La capital aprovechaba

gran parte de esta riqueza y la convertía en construcciones suntuosas, en saraos, en festines, en embajadas o en opíparas comisiones que salían al extranjero. Pero el pueblo vivía en pocilgas, los barrios apartados de todas las ciudades eran resumideros de la muerte, los campos tenían chozas, que avergozaban a los observadores y lentamente las enfermedades se filtraban en el organismo de la raza, mataban en flor a los niños, consumían a los adolescentes, agrietaban a los hombres ya maduros y las cruces de los anónimos llenaban los prados verdes de los cementerios con sus abiertos brazos pintados de blanco o de negro. Cárceles y hospitales parecían antecámaras del infierno. A nadie le interesaba la vida de los anónimos, porque esas vidas carecían de expresión como cifras bancarias. Eran sólo manadas electorales.

#### Una voz en el desierto

Hace un cuarto de siglo, una voz resonó en medio de los festines con que el país celebraba el centenario de su emancipación. Nótese la fecha: 1910. Esta fecha es como la iniciación de un nuevo período en la estructura moral del país. Corta o divide no sólo la etapa de una generación que ya empieza a madurar y abre la perspectiva de otra que está en plena adolescencia, sino dos mundos históricos. La generación que va a pedir cuenta más tarde, la misma generación descontenta de hoy, todavía gatea en las casas o aun no se ha puesto pantalones largos. Juega en las alamedas, en las plazas,

ríe alegremente, está impregnada de amor a la vida. Es la generación de los niños, la generación de la retaguardia, que vive detrás del frente en donde los hombres mayores se despedazan. Oye sus gritos sin comprender nada; asiste a sus persecuciones sin saber por qué pasan tales cosas y olvida pronto las palabras agrias o triunfales que oye en el seno de las reuniones familiares.

Pero por encima de todos ha resonado una voz. ¿Quién era ese hombre osado, ese libertario sin limitación en su franqueza que se dirigía a la juventud, para mostrarle la lepra que consumía, en lo oculto, las raíces más sanas de la nacionalidad, en la apariencia cubierta de oropeles y de alegría, de bienestar y de grandeza? Un maestro. Volvemos, pues, a encontrar en Chile, en un maestro, la noción angustiosa y positiva de la existencia. Cuando todos callan, es la suya la voz que desentona o condena. Cuando el silencio se espesa para encubrir los errores o los vicios, es su voz la que se eleva por encima de la complicidad. Ya en etapas anteriores, en el siglo XIX, son maestros los que infunden una vitalización al panorama de la vida chilena. Son maestros: Bello, Lastarria, Barros Arana, Amunátegui. Por ellos se siente en Chile el pulso de la nación y por ellos puede advertirse que la fibra humana reserva sorpresas a la colectividad, estancada en sus placeres o en sus devaneos. Resumen la ansiedad de grandes porciones olvidadas o recogen el pensamiento, la inquietud, dispersos de tantos espíritus, que sienten o son incapaces de hacerse entender. Son a su vez grandes laboriosos.

Viven en la atmósfera del sacrificio personal. Olvidan que son hombres con necesidades y deseos y se entregan a la pasión del estudio. El lucro está desterrado de sus naturalezas. La ostentación les parece un crimen, puesto que saben que el país que están tratando de entender y orientar, no puede ser estremecido sino por el estímulo que es en sí mismo, la santidad del ejemplo. No especulan sobre una población desvalida o pasiva usándola como un trampolín de éxito. La vigilan para que sea cada vez más consciente, para que pueda algún día entender qué es y qué debe hacer. Son motejados de locos o de rebeldes, de egoístas o de orgullosos. Unos viven en la soledad y en el aislamiento. Otros sucumben agobiados por la injusticia, víctimas de la complicidad obscura del ambiente, que no tolera las voluntades enérgicas, los espíritus independientes, los exaltadores del carácter. En general son escritores y ponen su pluma al servicio de las ideas generosas. Combaten sin descanso contra la obscuridad premeditada con que se intenta tapiar los caminos que llevan a la liberación de la personalidad. Se baten por la cultura tan despreciada siempre en esta beocia de mercaderes. No descansan cuando se trata de elevar la concepción del destino humano al pínaculo de su verdadera liberación. Tienen fe en el pueblo, y no lo engañan, precisamente porque saben que se trata de un pueblo niño al que es preciso guiar, levantándolo de la postración, de la pasividad para llevarlo a cumplir sus fines. Son almas espléndidas y gallardas, valerosas y capaces de afrontar sin temor las conse-



cuencias. Son, pues, creadores en el mejor sentido de la palabra.

Alejandro Venegas

El caso de 1910 y del maestro es singularmente típico, porque envuelve la negación absoluta de la libertad y de la justicia. Dos tópicos sobre los cuales se ha edificado pacientemente una armazón a menudo sobresaltada y desquiciada por los traficantes. Pero el dolor proviene asimismo de la sordera del ambiente para responder a la voz que clama, esta vez con toda propiedad en el desierto. No responden sino algunos elementos aislados que comprenden el sacrificio del hombre que está jugándose su carrera y su porvenir. Aquel maestro pertenecía a la madera de los héroes. Hemos pensado en esa heroicidad civil con la misma emoción con que lo haríamos respecto del hombre de ciencia o del santo que abandonan todas sus comodidades para correr a vivir una vida de sacrificio o de verdadera penitencia. Y ahora experimentamos una emoción honda, hacia ese corazón generoso que dejó de latir en la soledad, en el aislamiento a que lo condenó una organización entera, tal que si se tratara de un ser peligroso, dañado por alguna dolencia contagiosa. Para él no hubo sino vituperios en la atmósfera nebulosa del oficialismo gubernativo y educacional. Había levantado el velo que ocultaba los vicios y errores de la administración, los profundos yerros de la enseñanza, la descomposición de los servicios públicos, de la administración de justi-

cia, y la profundidad de la crisis que agobiaba la moral del país y eso, por supuesto, no tenía perdón. Por aquellos años no había sino preocupación política en el ambiente. Nadie quería ser molestado, a nadie le agradaba que las voces libertarias sacudieran el marasmo en que todos navegaban muy a su placer y se mostraran las llagas que rojeaban en el organismo social. La complicidad los unía a todos en un mismo destino.

Eligió para lanzar su catilinaria el instante en que todavía humeaban los fuegos de artificio, cuando las embajadas extranjeras aun no desaparecían del todo en la frontera, cuando los millones derrochados en las fiestas aun hacían tintinear por calles y bares o en los sitios de placer sus discos brillantes. Y su voz tenía un acento amargo. Era voz de tristeza y de esperanza a un tiempo, porque creía que otras voces iban a responder a la suya, cargada de presagios y de inminencias. Algo había en la cabeza de ese maestro que recordaba a la de Sócrates. En Grecia los alfareros copiaban en el vientre de las ánforas las líneas abruptas del inquietante rostro del filósofo. Acá hubiera servido también esta cabeza, de extraña expresión mongólica, en la cual ardían sus pequeños ojos vivaces y escrutadores, limpios, sin embargo, de todo mal, para asustar a los inocentes. Y cosa extraordinaria, hablaba para los inocentes, es decir, para las almas que todavía no habían sido agostadas «por la racha helada que ha petrificado tantos corazones», según él mismo expresaba en su lenguaje mixto de maestro y de profeta.

«No he podido resignarme—escribía en el prólogo de su libro, en su llamado a la juventud a la que había dedicado esas páginas aceradas y tristes, cruzadas por la voz desesperada de su verdad—a autorizar con mi silencio esta infamante comedia y vengo a turbar los cantos de regocijo con mi voz lúgubre, como la de un ave siniestra que grazna sobre las ruinas . . . Yo no puedo cantar, porque he buscado la verdad de nuestras glorias presentes y por mi mal la he hallado. He visto hasta el fondo el cieno y la podredumbre de nuestra historia en los últimos treinta años. Hubiera querido apartar mi vista horrorizada de ese cuadro pavoroso, reconcentrarme en mí mismo y como hacen muchos, sentarme a la ribera a contemplar los estragos de la inundación. Pero esto hubiera sido egoísta, cobarde. Y aunque es muy triste tener que romper los cristales que hacen ver todo de color de rosa, aunque es muy doloroso tener como Blanca de Castelo, que desgarrar la nívea vestidura para mostrar el pecho carcomido por el cáncer, me he resuelto a estampar la verdad desnuda en este libro, en que bajo la forma de cartas dirigidas al que dentro de poco será el primer magistrado de la República, estudio las causas, el desarrollo y las consecuencias de la ruina económica y moral de nuestro país. Pero no vayáis a creer, ¡oh, jóvenes que mi libro es la elegía del desaliento. ¡No! Tengo fe en las fuerzas vitales de nuestra raza joven, tengo fe en que hay muchos elementos dañados que pueden regenerarse y más que todo, tengo fe en vosotros, que todavía no estáis corrompidos».

Tenía fe, pero su profecía vibraba sobre el porvenir con una larga y sombría veracidad, hundiendo su nervio en la tiniebla, en la cual debería actuar solitaria e incomprendida. Todo lo había visto. Todo lo había sentido, en profundidad; los vicios, los errores, las injusticias. Había desenmascarado nombres e instituciones; la falacia de los recursos con que se engañaba al pueblo, el desorden y la retórica estéril de la enseñanza, la miseria moral de los jefes. Negociados escandalosos, prevaricaciones, sometimiento de la justicia que debía ser inviolable y austera, a los caciques prepotentes de las provincias; la indescriptible condición de desamparo en que vivía el pueblo, arrojado al abandono y a los crímenes, a las enfermedades y a los azotes del alcoholismo, de la sífilis y de la tuberculosis—la siniestra trilogía de la raza—los complicados hilos con que se tejían en las alturas, las grandes aventuras financieras que la gran masa nunca podrá descubrir. Había viajado por todo el país, disfrazándose unas veces de campesino, otras de mercader, en otras de viajero despreocupado. Así pudo vibrar con todas las miserias, pudo acercar su oído a todos los dolores y reclamos, pudo darse cuenta de lo que era este pueblo, de lo que anhelaba y sufría, no sólo en las capas más bajas, sino en esas capas intermedias que callaban también su desesperanza y su abandono. Todo en su libro es implacable. Todo en él es duro y temerario. Pero también alumbra la luz de la creación, porque no se limitó a lamentarse sobre las ruinas, sino que trazó los caminos nuevos de la liberación

y del decoro. Probó con datos escuetos, con cifras claras y severas, la verdad de lo que afirmaba. Todo en él es realidad, todo es dolor; pero todo es exacto y rígido.

Sin embargo, no prosperó. No tuvo imitadores. Cayó sobre él, el silencio, pesado, espeso, un silencio de estupor y de expectación, como si dentro de él se preparara la zarpa que debía caer ruda hasta aniquilarlo en el aislamiento.

Fué perseguido en la forma tan sutil que estas sociedades emplean para destruir los caracteres: confabulación sorda del silencio, para hacerle irrespirable la atmósfera, envolviéndolo, como por descuido, en sospechas y reticencias. Igual que siempre la insidia tejió los hilos pérfidos de una promiscuidad de elementos mediocres que lo envidiaban acaso y que le hicieron insoportable la vida en comunidad. Como había creado sospechas, se las hicieron pagar con usura. Como había desembarazado el camino de piedras, mostrando la indigencia de los que se ocultaban, los desnudos se confabularon para encubrir sus miserias y lo acorralaron por su osadía. Como había revelado la descomposición, todos los afectados se sintieron solidarios en el mal y siempre en el mal hay más solidaridad que en el bien, y fué mutilado en su carrera de maestro y hubo de abandonar como si lo hiciera voluntariamente, su cátedra de castellano.

Después cayó el pesado silencio. Quizá el olvido. Sólo algunos discípulos, algunos maestros amigos que le

comprendieron y alentaron con su calor de amistad y de afectos, fueron a mitigar un poco la tristeza de su soledad, en el rincón adonde se había recluso, con un negocio pequeño, para no morir de necesidad. Después la muerte. La muerte sin sacudidas y por fin el olvido irremediable.

Requiescat

Jamás se ha citado a Alejandro Venegas, autor de «Sinceridad», del cual hemos dicho todas estas palabras, en los textos de estudio. Jamás en los textos literarios, entre los memorialistas o entre los críticos de nuestra realidad o en algunas de esas clasificaciones cómodas con que los autores de textos disimulan su ignorancia, su falta de curiosidad, su absoluto desdén hacia lo que no tiene consagración en la beocia o en los círculos oficiales, se ha mencionado el nombre de Alejandro Venegas. Olvidado. Tal vez porque adivinó los días tormentosos que vendrían, fué olvidado. Acaso porque años más tarde, la juventud no pudo vivir la plenitud de su potencia creadora—Venegas condenó una enseñanza retorizante que no miraba los secretos de su tierra o la realidad de su tierra—y sólo aspiraba, una vez egresada de las escuelas, en ir a golpear las puertas de la burocracia fiscal que el parlamento y la política hincharon hasta un límite inconcebible; acaso por eso Alejandro Venegas fué olvidado. Y también porque presintió que el desborde político y su irresponsabilidad ante la nacionalidad, arrastraban al país a un abismo, dando la

voz de alerta mucho antes que los fenómenos mundiales golpearan nuestro flanco y nos hicieran despertar del marasmo.

El olvido caído sobre el maestro es una demostración práctica de cómo se ha entendido entre nosotros el sacrificio personal y qué poca importancia se ha concedido siempre, como elemento de estímulo en el crecimiento vigoroso de una generación, a la verdad dicha, como se afirma en Chile, contra viento y marea. Años atrás los hombres que se atrevieron a encararse con los errores aceptados o tolerados, advirtieron que el premio único era el aislamiento en vida. Es verdad que el sacrificio parece no tener otra compensación y sólo la muerte viene a realzar méritos y virtudes tardías, que nunca antes se reconocieron. No es una conclusión halagadora. Pero los hechos, la historia de nuestra vida política o literaria, lo confirman a cada paso. De esta suerte, aunque la observación parezca simple, las generaciones jóvenes formaron su consistencia espiritual en el temor. Los vicios señalados por Venegas eran los vicios que roían el fondo mismo de la organización social. Pero era de tal espesor la red de intereses creados al amparo de la burocracia o de las tribus que mantenían el poder, que nada parecía sobrado fuerte para romperla. Y en efecto no pudo romperse. No hubo fuerza humana que pudiera concretar esa arremetida de los conjuntos en la cual se siente el heroísmo civil de una juventud en trance de batirse por lo que justamente constituye el galardón de sus más bellos actos: la justicia.

La generación joven de esos días no tenía capacidad de indignación. Vivía al día con sus deberes elementales sometida a la presión de otra generación, que había combatido antes y que no tenía más aspiración que la lucha política o la burocracia. Una y otra se fundieron en el mismo propósito y juntas continuaron esa ruta que el país seguía sin sobresaltos, en medio de las protestas de algunos espíritus aislados que no lograban hacerse oír, o de antemano vencidos por el cómodo «dejar hacer» y «dejar pasar» que tantos males ha causado a la moral del país.

La generación del 91

Sería, sin embargo, una injusticia evidente desentenderse del esfuerzo que esas generaciones cumplieron antes, en la medida de sus posibilidades, para dar a nuestra nacionalidad un vitalismo que ellas seguramente creyeron encontrar por el camino exclusivo de la política. La generación que se estrelló violentamente con la revolución del 91, tuvo una noción más potencial de sus deberes para con el país. Es verdad que venía arrastrando una herencia de heroísmo, la guerra del Pacífico en que gran parte de esa generación había intervenido y la herencia de la riqueza que esta misma guerra victoriosa había determinado en la economía pública. Además, había recibido las últimas influencias de la generación anterior que era la de los constructores de la República. El vaho de 1840 aun circulaba sobre las mentalidades. Por ella había sabido—por los



datos directos de los sobrevivientes—cómo se habían batido esas generaciones por la libertad en asonadas y revoluciones, y cómo se habían impregnado de esta atmósfera de romanticismo que proyectó por muchos años hacia adelante, su sombra imborrable. Las batallas doctrinarias del último cuarto del siglo XIX fueron cruentas y difíciles. Después de la guerra del 79 había ya una concepción prepotente de la vida, un sentido excesivamente sensual y realista de la política, no con el fin de elevar la personalidad humana a un rango superior, sino para aprovechar de la riqueza que la guerra victoriosa había traído como abundosa consecuencia. Aquella misma corriente espesa de oro que empezó a bajar hasta la capital, desde el desierto blanco y trágico de la pampa, debería provocar terribles conflictos morales en el seno de las familias gobernantes o no gobernantes, sacudiéndolas por el vértigo del lujo y del placer y esto porque paralelamente a esa riqueza no se había creado el resorte moral o educacional, austero e incommovible, que sirviera de broquel a las ambiciones desorbitadas de los nuevos núcleos políticos o a las nuevas tribus de familias enriquecidas, que sucesivamente aparecían en nuestro escenario.

Con todo, la generación que se batió en la revolución del 91 fué, en el fondo, una generación romántica, entregada casi por entero al culto de la libertad y de la justicia, principios abstractos que hoy se intenta destruir y que entonces constituyeron el motor que llevó a esa generación al desinterés completo de la vida, arro-

jándola en el vórtice de la guerra civil. Miles de muertos subrayaron con su heroísmo, la condición metafísica de esos caracteres que pensaban que las ideas debían ser bautizadas con sangre, entregando como tributo el supremo bien de la vida. Fué una generación consecuente consigo misma y mantuvo una línea de decoro civil hasta el instante en que con la victoria del parlamento, comenzó la orgía loca de los repartos de puestos. Los vencidos como los vencedores, olvidaron las lecciones trágicas de la guerra civil y sus consecuencias en el sentimiento de la opinión, y desdeñando unos la razón por la que habían combatido y volviendo los otros la espalda a las vidas sacrificadas, comenzaron todos, mezclados en un mismo propósito la más desenfrenada batalla por el mando, que era en última instancia, la batalla por la supremacía burocrática. Para vengar derrotas pasadas, unos se dieron a derribar gabinetes y para vengar los olvidos en el reparto, los otros, a su vez, apuntaron sus fuegos contra las combinaciones ministeriales que no les agradaban.

En cuanto a su posición intelectual, esa generación no produjo ninguna obra fundamental para el conocimiento de las inquietudes que indudablemente desgarraron a los hombres de aquel tiempo. Nada surgió fuera de la obra de estirpe literaria, calcada de los modelos franceses que estaban por entonces de moda. Ideas y sentimientos se encubrían bajo apariencias europeizantes. Habría que exceptuar una novela de Luis Orrego Luco, «La Tempestad», que pinta escenas de la

revolución, pero que no contiene una articulación general para la valorización moral de aquel período. En épocas anteriores, los hombres de letras entregaron algo de su pasión política a la lucha por la emancipación moral y económica del pueblo. Atormentaron a los grupos que gobernaban, llamándolos al sentido de las realidades inmediatas aun dentro de la teorización de que hacían gala. Se empeñaron en horadar el destino para saber qué reservaba al país y en la historia agregaron al documento frío, sin vida, la llama palpitante de la interpretación. Así procedieron hombres como Lastarria, como Bilbao, en medio de sus nieblas místicas, Vicuña Mackenna, los hermanos Amunátegui, Isidoro Errázuriz a pesar de su estirpe aristocrática, Barros Arana en su frialdad histórica y otros.

Pero la generación que desembocó en la revolución del 91, pasó luego entera a formar en la vida estrechamente política, desentendiéndose del drama que había vivido y sin extraer de él nada que pudiera servir a las generaciones nuevas. No hay sino testimonios esquemáticos, fragmentarios, teñidos de pasión momentánea; notas volanderas, páginas o diarios que no alcanzan a arrojar gran golpe de luz sobre los secretos de esa tragedia con la que se inició el más turbulento y doloroso período de la vida chilena, y que quebrantó hasta sus raíces la vieja estructura de la vida social. Grandes oradores en el parlamento, figuras de relieve en la política, maestros y juristas, caracteres duchos en el arte del bizantinismo, fueron todos personajes aislados. Ninguno

de ellos recogió como pensador o como sociólogo, las degarraduras o la filosofía de ese acontecimiento fundamental de nuestra vida. La política menuda fué el aluvión que la arrastró implacable.

#### La generación literaria de 1900

La generación de que hablamos y la que inició su andar responsable poco después de 1900—fijamos la fecha como un dato—fueron simplemente generaciones políticas. Sólo en esta última es posible hallar un punto de vista de novedoso nacionalismo. Una parte de esta generación, la literaria, se encontró de pronto con el campo. La tierra chilena puede decirse que fué descubierta artísticamente por esta generación. La tierra y el campesino. El campesino y el paisaje. Las obras que compusieron están todas impregnadas de amor a la vida humilde. Por cansancio de los temas franceses en que la generación anterior buscó inspiración, ésta comprendió que había un gran sector de la vida chilena que debía ser incorporado al arte. Fué en cierto modo una generación de estetas. Pero aunque literaria, tuvo la preocupación por la suerte de los personajes campesinos.

Esta generación devoró los libros anarquizantes o los libros de los grandes buceadores de la vida humilde o aventurera que empezaban a verse en las librerías. Escritores y universitarios leen a Kropotkine, a Stirner, a Tolstoy, a Zola, a Dostoiewsky, a Grave, a Nietzsche, a Gorky, a Ibsen, es decir, a los exaltadores de

una forma humana desconocida, buzos de la hondura, animadores del drama profundo de las existencias desgarradas por brutales reacciones sociales, o por injusticias sordas que la tradición arrastra como un aluvión. Surge la figura simbólica del mujik, que personifica el fatalismo y la pasividad en la explotación capitalista, y este mujik es identificado con el campesino chileno. La prostituta, el bandido de los campos, el peón agobiado por la dura faena inacabable, el minero que horada los cerros o se sumerge en el fondo de la mina, son expresiones típicas de estas nuevas formas de creación artística; elementos humanos que parecen vistos por primera vez y que son elevados al rango de personajes fundamentales. Esta generación alborozada que ha hecho tal descubrimiento es todavía romántica. Se desprende de una generación que no ha concebido aún con fuerza el dolor de una gran porción social abandonada. Por eso en muchos de estos escritores la actitud es la del hombre de la ciudad que va al campo a pasar una temporada, y aprovecha las observaciones que el campo o los pobladores le sugieren. Sos más estetas que hombres de penetración inquietante. Algunos de ellos construyen una realidad campesina a su modo, colocando entre los paisajes, figuras compuestas en las que se adivinan proyecciones de otras figuras literarias extranjeras.

La tragedia del minero o la del calichero que simbolizan grandes expresiones de la raza aventurera que es

nuestro pueblo, sólo aparecen fragmentariamente, en aproximaciones superficiales.

Pero son los precursores de un vasto movimiento de interpretación americana, que en el nuestro como en otros países del continente hispano, se produce con los mismos o parecidos elementos. Inician la verdadera literatura criolla, fuerte y articulada en un motivo central. Al hastío de las formas románticas europeizantes del siglo anterior sucede una comprensión más ceñida del drama autóctono. Es la primera vuelta de cabeza que hace el escritor americano a la cultura literaria europea, de donde procede. No la abandona por entero, ni la desdena. Encuentra que la naturaleza va a servirle para crear una expresión o una humanidad literaria diversa a la que formó la sensibilidad de sus antepasados criollos. Es tan vasto y profundo el escenario descubierto; tan poderosa la sugestión que la naturaleza ejerce sobre las mentalidades, que ella sola basta para llenar el volumen específico de los libros. La literatura descriptiva es, en cierto modo, la primera fase del proceso iniciado por los escritores de la generación llamada del 900.

Una nota común modela, sin embargo, esta nueva postura del escritor americano: la sensación de la desesperanza; el derrotismo. A medida que esta creación se descña de la fuerte presión de la naturaleza, para incorporar a la literatura el elemento humano como eje de la narración, este parece condenado a ser siempre un personaje vencido o un ser errante o un nihilista. Todos los

héroes son derrotados por la naturaleza o por los hombres que se han identificado con la barbarie de la naturaleza primitiva. Las vastas soledades; la espesa y aplastante arrogancia de las selvas impenetrables, pobladas de leyendas y de peligros; los ríos anchos y fangosos, de hondo caudal; los desiertos absorbentes y alucinantes sin horizonte abarcable, las frías regiones heladas en las cuales el hombre es apenas como una brizna endurecida, la conciencia informe y no por eso menos impresionante de que ningún esfuerzo logrará emancipar al hombre de la tenaza de la servidumbre económica, imponen al observador la permanencia eterna de la naturaleza sobre la fugacidad y la debilidad de la naturaleza humana. No vencen. Son vencidos. No perseveran. Huyen. Desaparecen. Los liquida la grandeza o la confabulación de fuerzas ancestrales contra las cuales el hombre sólo puede oponer un fatalismo enfermizo y debilitado. Por eso alguien ha observado que los héroes de casi todas las novelas americanas son personajes siempre en evasión, siempre en trance de huir o siempre condenados a ser disueltos en el torbellino de la revolución que los malogra, en la soledad que los destruye o en la naturaleza que hace de ellos seres desarticulados o acobardados. Pueden iniciar su andar literario en medio de fulgurantes hazañas, con recia entonación heroica; pero luego se doblan como si un viento de fatalidad soplara sobre ellos.

Parecen en verdad casi todos esos libros, historias de vencidos. Estéticamente puede ser esto el cumplimiento

de un programa. Pueden ser obras perfectas, bien logradas, técnicamente. Acaso muestras originales de una psicología americana auténtica. Pero no puede discutirse la influencia honda que a la larga, la literatura de creación, determina sobre la psicología general de un país. Tómese por ejemplo, y salvadas las distancias, las literaturas europeas. La voluntad está siempre presente en los héroes. Son naturalezas que forcejean, que imprimen a todos sus actos un andar de potencia. Aun los héroes amorosos o románticos tienen prestancia de hombres, de vencedores. Desde Robinson Crusoe, para citar el caso de Inglaterra, que se maneja solo y vence en la isla desierta, hasta los modernos héroes de Kipling, una línea de vigor, de seguridad y de confianza en el propio destino, pondera y condiciona los elementos de composición en la creación artística. De suerte que la sensación de estabilidad de la nacionalidad; su dominio seguro, su voluntad insobornable, se nutren en forma sensible e invisible con la misma energía con que los hombres de gobierno se han nutrido en la escuela, en las concepciones históricas de sus grandes hombres ejemplares y en la vida que es emanación del concepto educacional de seguridad en sí mismos. Sus héroes no caminan al azar, bajo cielos amenazantes. Saben a donde van. Saben lo que quieren. Actúan lejos y solos, distantes de todo apoyo, pero comprenden que deben vencer por encima de todo contratiempo, porque en la lucha o en el trabajo, debe emplearse a fondo la energía.



## La generación política

La otra parte de la generación del 900 que no fué literaria, procedió en la vida activa casi con la misma actitud un poco nihilista, o con ese encogerse de hombros de el chileno que es el signo histórico de una fatalidad igualmente histórica. La literatura anarquizante, la literatura de exégesis social o libertaria impuso a esa generación política o universitaria, el modelo de nuevas concepciones de interpretación de la realidad nacional. Los libros más leídos eran los libros de los escritores rusos rebeldes: Kropotkine, Bakounine, Tolstoy, Dostoyewsky, Gorky, o bien Stirner, Nietzsche, Grave, Faure, Schopenhauer, Ibsen. En las pequeñas bibliotecas de los estudiantes o de los maestros se veían libros como los siguientes: «La propiedad es un robo», «El único y su propiedad», «El dolor universal», «Palabras de un rebelde», «La lucha por el pan», «Conflictos entre la religión y la ciencia», «Sindicalismo y Anarquismo», «La gran huelga», etc.

Fué el despertar de un sentimiento de piedad hacia los humildes. Todavía no era la actitud definida y franca de protesta, la postura social de hoy que no se decide a esperar sino que aspira a tomar con violencia. El fenómeno literario era idéntico si se considera que se había descubierto el campo y la dolorosa realidad del campesino, un poco en la oblicuidad de la observación estética. Los primeros signos del divorcio de la juventud con la política o con los políticos al uso, se iniciaron en esos cenáculos y corrillos en los que comen-

zaba a entenderse que la tierra que se pisaba, el pedazo de patria, era algo más que una merienda electoral. Había comenzado ya la descomposición política del parlamento. Una red formidable de intereses creados hacía estrellarse en ella los mejores idealismos. Los escándalos caían en la superficie blanda de la complicidad. La sanción empezaba a debilitarse; un materialismo sórdido acompasaba todos los actos de esa política de intrigas que convirtió el parlamento en una orgía. La juventud que observaba sin tomar gran parte en estas aventuras sentía en su generosidad espiritual, los principios de ese desengaño que debía más tarde, con la lectura de los teóricos de la revolución, alcanzar la densidad de una postura permanente. Parece que el mundo era igual en todas partes, juzgado de acuerdo con las páginas de los escritores revolucionarios. Aun en las naciones más civilizadas, las injusticias eran la nota más abundante y en casi todos los países se explotaba a los débiles, se perdonaba a los poderosos que habían cometido abusos o depredaciones y se formaban núcleos que se repartía alegremente el poder y la riqueza.

Los hombres de esa generación eran tan románticos como los de la generación anterior.

Aun se batían, aunque teóricamente, por la libertad. Muchos se dejaban crecer las melenas o la barba. Usaban corbatas flotantes. Arengaban al pueblo vencido en todas las huelgas, en los comicios o iban a las asambleas estudiantiles a proclamar el reinado próximo

de la justicia sobre los abusos de la organización capitalista. Pero nadie se alarmaba. Este país frío, en el cual vive una sociedad fría y un poco irónica para las efusiones románticas, concedía a la juventud el derecho de indignarse, precisamente porque los partidos políticos de avanzada coincidían en sus programas con las nuevas ideas libertarias que ya estaban de moda. Pero entre tanto, las figuras políticas descendían paulatinamente. Cambiaban de sitio doctrinario sin escrúpulo alguno y la única preocupación clara y concreta, era continuar derribando gabinetes y subiendo otros más de acuerdo con sus intereses. Gobierno y parlamento daban al país la impresión de un duelo entre un hombre y una agrupación de hombres díscolos que le arrojaban piedras, que le colocaban petardos debajo de su silla y que lo llamaban desde un sitio en el cual nadie le recibía, para llevarlo luego a otro lugar incómodo en el que se encontraba rodeado por personas desagradables. Así transcurrían los días, los meses, los años. Los agoreros como Venegas, morían en la soledad y el abandono; los estudiantes salían de la Universidad con su cartón profesional, sin volver nunca más la cabeza al sitio de donde habían salido casi huyendo, y sólo dispuestos a ganar dinero lo más pronto posible. Los que no podían obtener su título o los que habiéndolo obtenido no querían sacrificarse, iban a solicitar un puesto en la burocracia fiscal abultada ya enormemente. Se había olvidado el antiguo romanticismo de la rebeldía, la compasión por los humildes y los explotados, y muchos de

esos rebeldes habían ido a engrosar las filas de los partidos contra los cuales antes dispararon más de una catapulta. El recinto universitario se llenaba con otros elementos que, a su vez, emprenderían las mismas luchas teóricas, hasta el instante de obtener el título ambicionado. No volverían a acordarse de un lugar en el cual la enseñanza seguía el curso rutinario y burocrático que parecía un reflejo de la política o del ambiente.

Muda, indiferente para las inquietudes que ya asomaban en el horizonte, la Universidad continuaba echando profesionales al mercado, sin conmoverse ante la existencia turbulenta de esa juventud que necesitaba ser orientada en su desesperación de saber, en su imperioso anhelo de entender qué era el suelo que pisaba, qué posibilidades encerraba para el porvenir y qué se sentía sola ante el gran drama que ella intuía al devorar las páginas de los escritores revolucionarios de Europa.

No puede precisarse, con absoluta seguridad en qué fecha comienza una generación o termina su cometido. La de 1900 estaba formada en gran parte, por una juventud cuyos componentes habían nacido muchos de ellos, en el último cuarto del siglo XIX. Al aproximarse al año 20, año de sacudidas y de explosiones de fuerzas nuevas en lo social y político, o año de ruptura con la tradición colonial de la política, podía decirse que ya eran hombres de treinta o cuarenta años, la mayoría. Otros tenían menos edad, pero todos empalmaban con la generación que cumplía la edad

justa del año famoso en nuestra historia política. Es decir, veinte años. Unos y otros se fundieron en el mismo anhelo y en la misma preocupación del porvenir. Hemos visto que los componentes de ambas generaciones habían bebido en una misma fuente literaria o sociológica y por tanto, se encontraban animados con la misma ambición de transformar el orden social en Chile. Las revoluciones que se iniciaron en el año 24, mezclaron todos estos espíritus, maduros y juveniles, en otros propósitos. Ya no era la teoría pura de la revolución. Surgía ahora el estado de violencia como condición de la lucha y nuevas agrupaciones sociales, nuevos núcleos o corporaciones de trabajadores se incorporaron al barco, en cuyo fondo se preparaba el fermento de una generación distinta de todas, que parecía alimentada con el descontento de unos y el desencanto de otros, con la desilusión y el choque brutal de las ideas de la postguerra, con la realidad económica, dura y angustiosa, que había comenzado a extenderse sobre el mundo entero. Este conglomerado tenía rebeldías líricas. Gustaba de lo anárquico. Se había impregnado con todo los «ismos», tanto estéticos como sociológicos. Quería descomponer la realidad, sumando el pueblo a la gran corriente revolucionaria que había destruido no sólo los valores literarios del siglo XIX, sino los valores políticos y filosóficos. Había empezado ya a enjuiciar con acritud el pasado y lo pisoteaba cada mañana, en sus formas políticas y en sus hombres... Estaba presente ya el gran drama de la crisis económica.

## La generación de los nuevos

La generación actual, la de los nuevos, la que ha sido o es tan duramente motejada y acusada de pesimista y destructora, es lo que se denomina en jerga sociológica, una «generación espontánea». Se ha desligado de todo pasado y no reconoce maestros ni guías. Como no tiene a quien seguir y no se encuentra atada, por lo menos en la apariencia, a ningún hombre antiguo, se siente dueña de su propio destino. No se trata de juzgarla, puesto que no ha terminado su cometido, y dista mucho de terminarlo. Sería ilógico intentar un balance definitivo de su actuación y lo que pretendemos es examinar su posición, las características más salientes a nuestro juicio y los motivos que han influido para hacer de ella una generación iconoclasta y en cierto modo desenfadada.

Es una generación que se desarrolla en medio de los retumbos de la tempestad guerrera de Europa, retumbos que tan hondamente sacudieron el espíritu universal. Se forma y crece asistiendo no sólo a la bancarrota de una civilización, sino al desastre mismo de las instituciones jurídicas creadas por la democracia liberal. Y a pesar de que la guerra europea no la envuelve entre sus horrores materiales, se siente impregnada más tarde con los horrores morales de la postguerra. Recibe un legado terrible de disolución social. Adivina la formación de un orden nuevo y de una cultura nueva, y quiere participar en la lucha sin haber tenido tiempo de cultivarse ni de entender la realidad

desolada de su propia tierra. Aplica las consecuencias o los métodos demoledores del examen que la juventud europea imprime el ritmo integral de la vida, a las realidades políticas y sociales de América. Y decimos de América, porque su postura de negación y de crítica, de rompimiento con el pasado, es en todos estos países como una consigna uniforme de la juventud.

Es, en cierto modo, una generación solitaria. Su indecisión, su oscilación es dramática, por más que se piense que no hay drama alguno en esta postura indiferente y desdeñosa con que se refiere a los sucesos y hombres del pasado. Oscila entre el orden antiguo y la violencia nueva. Va de un escrúpulo jurídico, a una negación rotunda y categórica de la ley. No entiende la ley a la manera de la democracia liberal. La entiende al modo de los fascismos, comunismos y nacionalismos exasperados. Sin sentirse aliada a ninguno de los «ismos» actuales, piensa que es la hora de intervenir en la función política, pero no se decide ni tiene fuerzas para ello. Su exaltación un poco lírica, la substraer de la atmósfera de los conjuntos disciplinados y a ratos se vuelve ferozmente individualista. Es una generación desengañada, escéptica, sin haber creído en nada y llena de desconfianza para todo lo que sea un retorno a las prácticas políticas liberales. ¿De dónde proviene este desengaño? De un fenómeno que ya hemos apuntado como denominador común de todas las generaciones que se han sucedido desde el 91: la falencia política. Una generación se exalta por el ejemplo de gran-

des virtudes. Las vidas heroicas o las vidas austeras que se mueven en un plano de alto decoro, son los más bellos atributos que una generación recibe de la precedente. Hemos visto cómo la línea política se quebrantó a cada paso y los hombres que la representaban pasaron a ser simples cifras de un juego inacabable de intereses materiales. Muchos de los hombres que hubieran podido ser figuras señeras, huían o se alejaban de toda competencia. Temían la liviandad de los juicios, la frivolidad del ambiente, la irresponsabilidad en las funciones delicadas. La juventud, que parecía no dar importancia a esos juegos, vaciló siempre frente a los hombres que aparecían como jefes. Iba de un punto a otro, de una doctrina a otra, sin resolverse a actuar en ningún instante como entidad. Se desengañaba, porque en la juventud hay más impresión que razonamiento, y porque sólo la conmueve la heroicidad y el valor para afrontar los sacrificios. Y este desengaño se produce por la falta de constancia en la acción o en el mantenimiento del decoro civil. Es decir, por la ausencia de eso que se ha llamado un estilo, o lo que es lo mismo la continuidad gallarda y limpia en la acción, manteniéndola por encima de las miserias del ambiente.

Pero otros fenómenos de carácter universal complicaron esta postura, ya de antemano signada por la exasperación de crítica, del hombre chileno. Esta postura de negación y de análisis sistemático e implacable, en ocasiones justo y en la mayoría de los casos cruel e injusto, se irritó con las nuevas modalidades literarias o sociológicas o de simple examen que la postguerra arrojó



sobre estos países. Hay que referirse de algún modo a ellas para entender mejor la formación intelectual y moral de la llamada generación joven.

#### Un rápido balance

Durante los años trágicos de la guerra de 1914 y en los años que siguieron, se desencadenaron sobre el mundo sucesos inauditos. El mundo cambió brutalmente de curso. Se vaciaron los cofres en los cuales una civilización había acumulado las miserias de la política y de la diplomacia. Al caer violentamente los regímenes políticos, quedaron al descubierto las raíces leprosas. Los archivos secretos que nadie había osado tocar y que eran sólo patrimonio de algunos curiosos o afortunados, se vaciaron sobre la calle. La calle comenzó a vivir con una existencia brutal e impresionante. Todas las calles europeas fueron muestras de la descomposición interna que había tolerado la gigantesca explotación de vidas que fué la guerra. Las grandes especulaciones fueron fruto de la guerra y una generación de potentados, de hombres enriquecidos con la sangre de la juventud ametrallada en las trincheras, irguió su prepotencia audaz sobre los escombros dejados por la hecatombe. Las calles bullían con las voces de condenación. Ejércitos de mutilados recorrían los pueblos rumorosos. Los puños crispados mostraban la fiera amenaza de la revancha. El balance de la guerra arrojaba cifras fantásticas de oro derrochado, en perjuicio de la tranquilidad de los hombres y en perjuicio de los hogares que habían entregado sus hijos, sus hermanos y sus padres al ho-

locausto inútil. La cifra de muertos y mutilados causaba espanto.

Por una vez, en el mundo, la calle iba a tener el sentido de una conciencia acusadora. Y si alguna vez la calle pudo ser como en la antigüedad, el lecho de un torrente humano que condena, esta vez el viejo mundo lo sintió con toda la grandeza sombría de un símbolo. Por eso surgió con tal valentía la decisión del hombre de la calle, es decir, de ese ser que acusa o aplaude, que está siempre presente, que es fugaz y es eterno, que forma las grandes corrientes implacables y que asume de improviso actitudes frías, sarcásticas o condenatorias. Justamente Europa se sintió estremecida en sus grandes ciudades con el hombre de la calle. Y este símbolo continuó actuando lo mismo contra la política que contra el arte, la educación o las costumbres. Mezclados con los periódicos que voceaban los crímenes de la guerra o los escándalos de los financieros, con los libros que desde todos los escaparates agitaban sus carátulas de inquietud y de peligro, los escuadrones de hombres pasaban agitando el fantasma de la revolución. Muchedumbres sin aliento, desesperadas, agriadas y entristecidas gritaban su desprecio a los que habían permitido y tolerado la explotación de la guerra. La trinchera había sido el infierno, pero también la promiscuidad y la fraternidad para el dolor y la esperanza. Y con esta esperanza a costas destruían el pasado para tratar de edificar un mundo mejor y más humano.

## Libros de destrucción

El libro de exégesis de la guerra y de sus secretos, surgió del archivo o de la desesperación del hombre, enteramente desnudo de piedad. Ese libro documentado fué el verdadero juez que condenó en última instancia a una civilización que de tal manera había hecho tabla rasa de la personalidad humana. En medio de los placeres que se desencadenaron después de la guerra, en medio del vértigo sensual que hizo enloquecer a la humanidad, destruyendo todos los resortes morales y aniquilando toda concepción de los deberes y del sacrificio, el libro como la calle, adquirió una existencia igualmente brutal e impresionante. El libro se impregnó de todos los jugos de la derrota y de todos los gérmenes envenenados que la guerra maceró entre el lodo y la sangre. Ese libro era la venganza, la acusación, el martirio para los déspotas. Con el libro se podían revivir los terrores pasados y para aplacarlos o para despedazarlos, todos se entregaban a vivir una vida de locura y desenfreno. Nació una literatura agriada y enconada en muchas partes. Una literatura de demolición, de crítica, de condenación del pasado, de rompimiento con toda tradición. Europa había visto en medio del trágico desorden surgir autoritarismos soberbios, dictaduras de hierro, violencias y conmociones sociales. Las jerarquías estaban rotas. Las antiguas jerarquías con las cuales nada quería saber la juventud desengañada, crecida en medio de los horrores de la guerra. Fascismos, comunismos y nacionalismos se apoderaban de los desocupados por la

grave crisis económica, de los descontentos, de los que habían perdido toda esperanza, de los mutilados y los sumaban al inmenso ejército de la revancha. Estudiantes, industriales, pequeños comerciantes, agricultores, hombres solitarios de la calle, sin tienda ni doctrinas en el naufragio colosal de todas las doctrinas que la guerra había liquidado, se unían con avidez de náufragos al nuevo llamado que los reunía para arrasar con todos los viejos ídolos de la antigua organización liberal. A la atmósfera de la guerra, había sucedido la atmósfera de la revolución y en ella se alimentaba la nueva generación europea, deseosa de encontrar al fin esa conciencia de responsabilidad o de decoro que se había despedazado en la formidable quiebra de valores, de la postguerra.

Rusia arrojó también lentas y envolventes oleadas sobre el mundo. Había sido el primer país en romper con el orden antiguo, con el pasado, barriendo toda tradición y con esa realidad nueva erigida sobre una aristocracia decrepita iban a construirse, o intentar construirse a lo largo del mundo pequeñas realidades imposibles. Los estados defendieron su postura tradicional, erigiendo a su vez porfiados nacionalismos. Pero la sed devoradora de renovación que padecía el universo, hizo posible que grandes núcleos sociales de todos los países aplaudieran esa forma social en que se sentía o se creía sentir la formación de un mundo nuevo.

América recibió todo el legado disolvente de la postguerra y nuestra generación preparada por el desen-

gaño de la política se sumó también al vasto cuadro de la violencia universal. La democracia liberal había hecho crisis y el parlamento chileno, como el de otras naciones europeas había rodado en escombros. Sus raíces mostraban la ruina de la descomposición y lo mismo que en los países viejos, la juventud se aprestaba para exigir estrecha cuenta a los que habían tolerado o burlado la buena fe de la opinión. Esta generación joven que había pasado por alternativas inciertas, sintiendo el estrépito del derrumbe de un organismo que era uno de los instrumentos más sólidos del régimen liberal, que había visto caer y quedar en triste evidencia las mentalidades más fuertes, los hombres que parecían más enteros, en el torbellino de la complicidad y de la irresponsabilidad, se sintió sola y abandonada, y lo que es más triste sin vinculación alguna con esos hombres. Por eso es preciso considerar que la alegría secreta de la juventud no fué como se creyó, inconsciencia ante el peligro, sino la esperanza ardiente en que una nueva organización social y política, podía nacer del fondo ruinoso de la vieja. Esta caída del parlamento que conmovió a la nación entera, simbolizaba para estas mentalidades nuevas algo semejante a la guerra o algo parecido al comienzo de una revolución social.

#### El sentido de la calle

Las costumbres habían cambiado fundamentalmente y lo mismo que en el viejo mundo comenzó a repudiarse el pasado. Ese pasado había, en el pensamiento de

la juventud, erigido en sistema la volubilidad, el desenfreno, la ambición desorbitada, la irresponsabilidad para todos los actos de la vida. No se había castigado ni se había sancionado las depredaciones políticas; jamás los poderosos habían recibido amonestación alguna, y las clases populares continuaban sufriendo en el abandono y en medio del azote de las enfermedades. Las leyes que favorecían al pueblo, eran leyes burguesas. No concebía la juventud, la legislación del antiguo régimen, sino como una concesión de última hora, para aplacar el rencor de las masas que ya empezaba a manifestarse. La educación no había sido capaz de construir, por encima del bizantinismo de la atmósfera, una conciencia de responsabilidad, de fuerza en los caracteres. Se había entregado también al juego entorpecedor de la política menuda y había cumplido su misión con el mismo instinto rutinario con qué funcionaba la burocracia administrativa.

Como en las grandes ciudades de Europa, la calle entre nosotros adquirió una vida igualmente impresionante. La calle era el sitio de todo descontento, de toda crítica. En la calle se despedazaban las honras, se liquidaban las instituciones, se hacía mofa de los hombres que habían servido, mezclándolos en la misma condenación, con los traficantes que habían reaparecido después de pasadas las primeras convulsiones revolucionarias. Las voces rebotaban de un lado a otro y cada cual las tomaba para abultarlas con nuevas facetas de odio o de ironía. Ningún hombre público era sobrado fuerte para

resistir sin quebrantarse a esta demolición airada. Se descabezaban las estatuas de los próceres. Se negaba la patria, porque en su negación se afirmaba al mismo tiempo, un nuevo estado fraternal. La mujer que en la transformación de las costumbres había salido también a la calle, descendía lentamente de su antiguo nivel y se incorporaba, sin ella comprenderlo, a esta danza loca en la cual naufragaban todas las antiguas virtudes. Se empezaba a considerarla como un objeto, como una camarada, lo mismo para las horas de placer, que para el nuevo estado que se acercaba rápidamente. La familia que había sido un puntal sólido en el sostenimiento de la tradición, sentía agrietarse sus fundamentos. Había comenzado el gran drama, el verdadero gran drama de la generación: dominada por el instinto de la destrucción, haciendo mofa de todo, se sentía al propio tiempo invadida por un deseo frenético de vivir.

Es preciso no olvidar que la literatura rusa hizo en las mentalidades nuevas un camino profundo. ¿Cómo pudo llegar a tener esta sugestión tan honda sobre el espíritu de la generación? Se produjo en realidad un fenómeno parecido, aunque con menor intensidad, al que había padecido la generación de 1900, con los escritores rusos que a su vez, la generación rusa de la revolución comunista había desdeñado.

Esta literatura coincidía en la interpretación del hombre explotado y de los estados sociales nuevos, con la aspiración a cambiarlo todo, que sufría la generación joven de estos países. Los escritores de la revolución

hablaban un lenguaje de visionarios, encendían el fervor de una mística desconocida, con la cual era posible alcanzar la cúspide de la liberación humana. Esa literatura condenaba los sentimientos burgueses, los ídolos burgueses de la creación artística, los antiguos moldes de la estética. El amor había sido repudiado y se exaltaba la forma biológica del amor. Es decir, el amor era ya sólo biología, puesto que el romanticismo era o había sido el veneno de las sociedades burguesas, o, en último término, de la democracia liberal. Lo romántico constituía la debilidad, del mismo modo que la religión era el opio de los pueblos.

La juventud continuaba sintiéndose sola, abandonada, bebiendo la inspiración en doctrinas extrañas. Por lo mismo que la Universidad central había callado antes, siguiendo la línea de su función burocrática, calló más tarde ante los problemas nuevos que planteaba la transformación incesante de las ideas y de las costumbres. La juventud buscaba un guía sin encontrarlo. Un conductor, un héroe capaz de levantarla de la confusión y del desorden. Por eso se volvía hacia los héroes de otros países extranjeros, antípodas y mesiánicos. Creía encontrar en ellos la respuesta a las preguntas que se formulaba a sí misma o las interrogaciones, aun confusas que surgían de su propia tierra.

A los desengaños de la política se habían sumado los desengaños de la revolución, que sólo había cambiado unos hombres por otros. Pero subsistía en ella como una concepción ya fortalecida por la corta expe-



riencia de los últimos años, su desdén por las formas antiguas de la política. Tan pronto se volvía partidaria de los autoritarismos fuertes, como mudaba de pensamiento para exaltar las formas menos rudas de gobernar. Desorientada y vacilante en el panorama de las comunes irresponsabilidades, no sabía que partido tomar. Estaba en el borde de la desesperación, perpleja ante los acontecimientos, perpleja ante los restos de la destrucción a que ella misma había contribuido y sin saber cómo aprovechar los frutos nuevos, que se brindaban. Pero uno de esos frutos era ciertamente el más amargo: habían sido abatidas las jerarquías, no existían los hombres para la aventura salvadora y al no encontrarlos, volvía su espalda, desdeñosa, al pasado. Ningún hombre público resistía la presión ácida del análisis. Todos, en el concepto de la generación nueva, eran traficantes o mediocres. La política misma se había cuidado de establecer diferencias profundas entre los que adherían su entusiasmo a la revolución, signándolos de gregarios, y los que permanecían fieles al concepto de la libertad civil y por el cual las generaciones pasadas se habían batido en los campos de batalla. Pero las agrupaciones políticas, a su vez, habían olvidado que una vida civil, una ejemplar vida civil, sólo es digna de ese nombre cuando ha rubricado con sus actos la línea firme de su postura ante la vida y ante los acontecimientos. Se olvidaba que la responsabilidad moral que cada hombre público asume ante la generación que le vigila, no se pisotea en homenaje a situaciones pasajeras.



### Afirmación y heroísmo

Ha faltado a esta generación el amor acendrado al estudio, a la investigación laboriosa. Es cierto que las generaciones anteriores no fueron tampoco muy pródigas en este sentido. Había menos responsabilidades, menos complejidad en la lucha por la vida, y no se habían descubierto tantas formas de competencia, como hoy. La generación actual sufre la atracción irresistible de la burocracia. El impetuoso destino económico la lleva a obtener un título que luego es abandonado para ir a solicitar un puesto en el mecanismo administrativo, en las nuevas organizaciones creadas, primero por la política de los bandos que pagaban con puestos a sus afiliados, y por las revoluciones después, que asimismo acrecentaban los puestos para pagar a los que las apoyaban. El funcionarismo inescrupuloso convertido en costumbre en estas democracias, ha malogrado y continúa malogrando las mejores energías de la juventud. El ascenso a puestos de importancia de individualidades mediocres, ha hecho nacer con fuerza la indignación y el abandono de las prácticas supremas de la cultura. No se estudia ni se investiga. Nadie quiere especializarse, porque nadie quiere perder su tiempo en una actividad que no rinde pronto los beneficios que la burocracia franquea rápidamente. Si ha existido siempre, y ahora con más fuerza, el dolor que nace de una tierra desco-

nocida, que nadie quiere estudiar en sus posibilidades, en su capacidad de riqueza, es porque este vicio de la inconstancia para el esfuerzo, ha permitido que otras razas más potentes y más sobrias, aprovechen de los frutos autóctonos.

Un día un embajador de los Estados Unidos en París, evocaba ante un auditorio de jóvenes, uno de los más vivaces recuerdos de su juventud. Enseñaba—cuenta—en una escuela de aldea. Cierta día un desconocido entró en la clase, y dirigiéndose a los alumnos, les dijo estas breves palabras: «Hagais lo que hagais más tarde, en la vida, hacedlo lo más enérgicamente posible». Y el desconocido se retiró en la misma forma como había llegado. Era la lección de la perseverancia, de la seguridad en el propio esfuerzo, de la dignidad profesional que franquea, por el estudio incesante, por el sacrificio, por la entrega generosa del espíritu, las posibilidades únicas de acrecentar el patrimonio de la cultura o el patrimonio del trabajo material, cumplido con la energía y la decisión que aconsejaba el desconocido.

Ha faltado igualmente la afirmación y el orgullo nacionalista, ante la tierra que es necesario estudiar para entender. Las injusticias que la juventud ha condenado en todos los tiempos, las prácticas viciadas de la política, el desdén hacia la creación personal, la falta de veracidad, la deslealtad, el pesimismo, ¿qué son si no los frutos de una postura negativa para juzgar el resultado de una educación estéril, retORIZANTE, vacía de

contenido humano o del empeño minúsculo e irritado para herir las reputaciones sin examinarlas, empequeñeciendo lo propio a fin de exaltar valores ajenos, como si todo ello fuera el producto de un fatal complejo de inferioridad?

Contra esta red de factores negativos es preciso reaccionar. No se puede apoyar toda la actitud humana de una nacionalidad en el afán desmedido de obtener satisfacciones materiales. Mientras no se logre saber qué es lo que hay que hacer en esta tierra desconocida para tantos y menospreciada por el snobismo de los socializantes, no se podrá erigir un sistema político nuevo o una organización social distinta. Entretanto no hay sino una postura en la juventud: la negación.

Las generaciones nuevas han condenado el pasado a fardo cerrado. ¿Es el pasado, aunque modesto, tan despreciable? ¿No existieron mentalidades superiores, esfuerzos heroicos, sacrificios individuales tenaces? No está la tierra abonada con la sangre y las lágrimas de los que en ella batallaron por abrir sendas de luz en el obscurantismo que intentaba eternizarse, por ampliar la vida intelectual, por hacer hombres antes que esclavos de la ignorancia? Si se ha condenado la concepción histórica que sólo se preocupó de acumular documentos muertos, por lo menos sirvan ellos para que esta generación los aproveche, infundiéndoles la vitalidad de la sangre moza. Si se ha condenado a las generaciones políticas que sólo se preocuparon de sus propios intereses particulares, sirva ese error, que tan caro ha costado,

para enderezar el rumbo, desviándolo hacia una exaltación serena del espíritu, sin lirismos desorbitados, sin caer en la declamación teorizante que lleva siempre a la confusión y la servidumbre ideológica. Si se ha censurado el afán estetizante en que han incurrido también los nuevos de la literatura, debe ello servir para dar vida a una literatura que eleve la creación al rango de una fuerza humana, en la cual pueda el hombre nuevo encontrar el fondo de sus aspiraciones, de sus inquietudes y el hondo bregar de voluntades que forcejean para abrirse paso o para demostrar que han sido consecuentes con su propia naturaleza de hombres. Una literatura, en fin, en la que el héroe tenga el sitio que le asigna la lucha social en la competencia humana y que algunos escritores, sólo algunos, de la generación de 1900 insinuaron, adelantándose a las formas de hoy. Pesimismo, negación y enfermizo anhelo de analizarse para empequeñecer los personajes, deben a nuestro juicio ser desterrados de la literatura de estos países, agobiados por tantas influencias desmoralizadoras.

La tierra en que se vive es algo más que un lugar de disputas estériles, de bizantinismos corruptores o un amplio estadio para combatir por canonjías burocráticas. Mucho menos un lugar para ponerse a contemplar la corriente del tiempo que se lleva inexorablemente las energías de los que la contemplan. Es ante todo un lugar de sacrificio, de vencimiento de los obstáculos, de capacidad para combatir el mal allí donde se encuentre. La culpa de las generaciones jóvenes es haber dejado

fluir como un espectáculo ese caudal en el que se iban arrojando como por turno, hombres, ideas, sensaciones, virtudes y tradiciones. Puestos a mirar en la orilla, desmenuzaban por un placer enfermizo, tanto a los que habían sabido ser fieles a la verdad o al honor, como a los que, desgraciadamente, siendo mayoría, habían burlado la fe y la esperanza traficando con intereses superiores. Para la crítica criolla todo era igual. Y la generación actual carga también sobre sus hombros esa misma culpa. Con la agravante de que ha despertado más temprano que las otras a las duras realidades y su deber es sobreponerse a ellas, elevando por encima de toda otra consideración, el concepto de la justicia, que es en definitiva el concepto de la grandeza moral.